

INTRODUCCIÓN

Hace menos de dos siglos que la nación argentina responde a ese nombre, aunque la historia de la ocupación de su actual territorio se ubica en los remotos tiempos cuando comenzó el poblamiento del extremo austral de América.

Hoy, en sus segmentos continental, insular y antártico el territorio argentino tiene una superficie de poco más de 3 700 000 kilómetros cuadrados. La porción continental ocupa casi 2 800 000 kilómetros cuadrados, y sobre estas comarcas pobladas muy discontinuamente, transcurrió la historia que narra este libro.

Los orígenes de la actual organización territorial argentina remiten a un proceso de varios siglos iniciado con la conquista y colonización españolas. En un primer momento, estuvo bajo la jurisdicción del virreinato del Perú, después fue parte del virreinato del Río de la Plata. Roto el vínculo colonial en 1810 y durante los siguientes años, Paraguay, Bolivia y Uruguay declararon sus independencias desgajándose de las demarcaciones heredadas del dominio español. Por otra parte, y desde la primera mitad del siglo XIX los chilenos iniciaron una persistente política ocupación de sus territorios meridionales, dibujando los primeros límites de la frontera con la Patagonia argentina

El trazo de las fronteras internacionales con Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay fue acompañado de una organización del espacio interior argentino. A partir de 1820 comenzó la delimitación provincial, que se prolongó hasta finales del siglo XIX con la incorporación de extensas áreas que habían permane-

cido fuera del control del Estado nacional. El número de provincias y territorios nacionales fue en aumento hasta llegar en la actualidad a las 23 provincias que conforman el entramado básico de la división política del país.

En sus más de 3 500 kilómetros de longitud, el país despliega una variedad de regiones, relieves y climas. La cordillera de los Andes, columna vertebral del sistema montañoso de América de Sur, con picos que superan los 6 000 metros, sirve de frontera natural con Chile. Al este, las formaciones precordilleranas dan forma a la región de Cuyo, formada básicamente por las provincias de Mendoza y San Juan, y la región del Noroeste que integra partes de las provincias de Catamarca, Tucumán, Salta y la totalidad de Jujuy. En su extremo norte esta última región alberga a la Puna, vasta altiplanicie árida y seca a más de 3 000 metros de altitud que Argentina comparte con el norte chileno y el sur boliviano. En la zona media del país se localizan las sierras pampeanas que atraviesan porciones considerables de las provincias de Córdoba, San Luis, La Rioja y Catamarca.

Además del sistema montañoso articulado en torno a los Andes, el territorio de Argentina está constituido por una gran llanura que abarca el noreste y el centro del país y que con suaves ondulaciones gradualmente desciende desde los 600 metros hasta el nivel del mar. Hacia el norte y noreste, esas llanuras son parte del Chaco, la región subtropical de la que también participan Paraguay, Bolivia y un segmento de Brasil. En el extremo nororiental, los llanos se extienden en las provincias de Misiones, Corrientes y Entre Ríos conformando la Mesopotamia, región contenida por el curso de los ríos Paraná y Uruguay que sirven de límites precisos a las fronteras con Paraguay, Brasil y Uruguay al norte y al este, con la planicie chaqueña al oeste, y con zona pampeana al suroeste.

La región pampeana se despliega a lo largo de más de 1 500 kilómetros al sur del Chaco, ocupando grandes porciones de las provincias de Córdoba, Santa Fe, San Luis y la casi totalidad de la

de Buenos Aires y La Pampa. El clima templado, la regularidad del régimen de lluvias y la fertilidad del suelo convierten esta planicie en la región agrícola-ganadera más importante de Argentina.

Por último, desde sur de la Pampa hasta la Tierra del Fuego, se extiende la Patagonia, un inmenso territorio de algo más de 800 000 kilómetros cuadrados, que a partir del sistema cordillero desciende a través de mesetas escalonadas, sierras bajas y valles fluviales para articular paisajes que van desde los hielos glaciares en el extremo sur de los Andes hasta las áridas estepas en el litoral atlántico.

Esta diversidad de relieves tiene su correlato en los regímenes climáticos. Si bien, en la mayor parte del territorio predominan temperaturas templadas, los extremos del país oscilan entre climas subtropicales en extensas zonas del norte y el noreste, y fríos polares en los confines de la Patagonia.

En material fluvial, el sistema del Río de la Plata constituye la cuenca más importante de Argentina. Las aguas de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay nutren el Río de la Plata que al desembocar en el océano Atlántico alcanza un ancho superior a los 200 kilómetros. Esta dimensión hizo que los primeros exploradores españoles lo llamaran Mar Dulce, tiempo después fue nombrado Río de la Plata en referencia a la quimérica idea de que remontándolo se alcanzarían lugares con fabulosos tesoros. De la latinización de ese nombre (*argentum*) derivó la palabra argentino, usada primero como adjetivo literario equivalente a platense o rioplatense, y siglos más tarde como sustantivo gentilicio hasta convertirse en el nombre del país. Por ello, al menos por su nombre, tal como afirmó el filólogo Ángel Rosenblat, puede decirse que Argentina es hija de un gran río.

* * *

Desde el último cuarto de siglo, la historiografía argentina vive una intensa renovación. Los distintos periodos, los procesos

fundamentales y los temas más significativos han sido y continúan sometidos a un escrutinio que, sin dejar de suscitar debates, ha conjuntado el esfuerzo de un amplio círculo de académicos dedicados al estudio del pasado nacional. En atención a esta circunstancia, para la elaboración de este libro se estimó oportuno convocar a un equipo de especialistas, activos participantes del proceso de renovación antes mencionado. Se trata de académicos valorados como referentes ineludibles en sus respectivos campos de especialidad.

Este libro propone un recorrido que comienza con los primeros asentamientos humanos miles de años atrás, y cierra con los debates presentes en Argentina al concluir la primera década del siglo *xxi*. Esta amplia cronología se despliega en un capítulo que responde a cuatro grandes momentos: las poblaciones originarias; el periodo colonial; el proceso de independencia y de organización nacional, y por último, la etapa contemporánea y el pasado inmediato.

Todo esfuerzo de síntesis privilegia acercamientos generales sobre aspectos específicos y locales, por ello esta obra traza grandes avenidas del pasado argentino a partir de umbrales básicos que entretengan la política, la economía, la sociedad y la cultura. La puerta de ingreso es muy ancha, y Raúl Mandrini abre esta historia con las remotas consecuencias de la presencia humana en el extremo más austral de América.

Se trata de un esfuerzo por mostrar la gran diversidad cultural y los cambios profundos en una historia humana que fija sus orígenes más de 10 000 años atrás, sobre un territorio diferente al actual y con un entorno ecológico que ya no existe. El relato se inicia con las primeras ocupaciones humanas de grupos cazadores-recolectores y su lucha por sobrevivir tratando de adaptarse al ritmo de las estaciones y al desplazamiento de animales, fuente básica de la alimentación. Mandrini hace un recorrido por las distintas regiones geo-culturales del actual territorio argentino, para mostrar la heterogeneidad de un poblamiento que co-

menzó por el estrecho de Bering y que al alcanzar el sur del continente ya portaba una enorme experiencia transmitida por generaciones de hombres y mujeres nómades.

Un segundo momento de esta historia se ubica hace 4 000 mil años cuando en algunas regiones del occidente y del noroeste del actual territorio argentino, bandas de cazadores-recolectores comenzaron a domesticar plantas y animales. Con lentitud y a lo largo de más de dos milenios hicieron su aparición formas de vida aldeanas, técnicas de trabajo más elaboradas y un universo de símbolos y creencias más sofisticado. Sobre esta base, se asiste al surgimiento de las primeras sociedades complejas en el noroeste argentino, donde la diferenciación social, las jerarquías, la diversidad de actividades productivas y la homogeneidad de estilos arquitectónicos permiten definir auténticas unidades políticas, sociales y religiosas que a la postre se convertirán en parte de los amplios dominios incaicos.

En contraste con el desarrollo alcanzado en la región noroccidental, en un tercer y último segmento, Mandrini revisa la historia de una variedad de comunidades de cazadores-recolectores, agricultores y pastores en llanuras, valles, planicies y montañas del resto del actual territorio argentino. En un proceso que remite a tres milenios atrás, analiza productos y producciones, presenta circuitos y rutas de intercambios comerciales y culturales, y muestra ritos y prácticas religiosas para terminar dibujando la pluralidad de experiencias civilizatorias que encontraron los españoles a comienzos del siglo XVI.

Los siglos coloniales están a cargo de Jorge Gelman. El punto de arranque son los itinerarios de la conquista, sus protagonistas y la suerte que corrieron estos esfuerzos hasta sentar las bases de una primera etapa colonial que se prolongará hasta entrado el siglo XVII. Aquello que sería Argentina en realidad era una porción, nunca ocupada por completo, de un dominio imperial de proporciones gigantescas. Gelman propone un acercamiento al pasado colonial rioplatense ubicándolo como parte de

una historia mayor, fundada en la lógica de un imperio que tuvo su eje sudamericano en el virreinato del Perú. Un poder político que emanaba de Lima, y una minería asentada en la extraordinaria riqueza del cerro del Potosí, cimentaron el primer trecho del orden colonial en el Río de la Plata.

Gelman se detiene en las formas de resistencia indígena y en las estrategias para enfrentarlas de las primeras avanzadas españolas. Pasa revista al impacto de la conquista en la demografía de aquellos confines sudamericanos, en los dispositivos de sujeción y de tributo a que fueron sometidas comunidades indígenas en tanto proveedoras de una indispensable mano de obra para las actividades extractivas de metales preciosos. Sobre esta base, el capítulo expande la mirada hacia la articulación de la explotación minera con una variedad de economías regionales orientadas a la producción agrícola, ganadera y artesanal, así como en el emprendimiento agrícola capitaneado por los jesuitas en una amplia región nordestina colindante con los dominios portugueses. A partir de aquí, analiza las características de un mundo rural diverso, dando cuenta de formas de tenencia y de trabajo de la tierra.

Por otra parte, dedica atención al surgimiento de una red de ciudades y a la dinámica de un ordenamiento político que entretejió intereses expresados en regidores, corregidores, oidores de las audiencias y oficiales de hacienda. En los márgenes del imperio español, entre esa red urbana, Gelman apunta hacia el puerto de Buenos Aires, auténtica aldea que comenzará a expandirse a la sombra de lucrativos negocios de comercio ilegal.

La llegada de los borbones al trono español, a principios del siglo XVIII, abrió un nuevo ciclo de la historia del imperio, que en esas regiones sudamericanas se expresó en la fundación del virreinato del Río de la Plata. Esta decisión tuvo un profundo impacto: Buenos Aires, capital del virreinato, se convirtió en el centro de un poder que redefinirá los más diversos órdenes de la política, la economía y la sociedad. Gelman cierra su capítulo con

una esmerada explicación del significado de esos cambios que transformaron dinámicas económicas regionales, expandieron redes comerciales, habilitaron mecanismos de ejercicio del poder, inauguraron una opinión pública y exacerbaron conflictos en una sociedad diversa y compleja, que a la postre y bajo el liderazgo de las élites porteñas, transitó hacia una temprana y exitosa impugnación del vínculo colonial.

El siglo XIX está a cargo de Pilar González Bernaldo de Quirós. Este capítulo revisa el periodo comprendido entre el proceso que condujo a la emancipación de España y que concluye la consolidación de un nuevo orden que con exultante optimismo fue festejado cuando el centenario de la independencia. Se trata de una problemática centuria dedicada la organización de un poder capaz de unificar y gobernar aquello que en un principio solo eran proyectos de nación.

Ideas y acción política modulan este capítulo dedicado a explicar la enorme facilidad con que las diferencias políticas terminaban dirimiéndose en los campos de batalla. La guerra contra los realistas, y luego las intensas guerras civiles potenciaron una militarización de la política que durante siete décadas resistió los más variados intentos centralizadores. En un esfuerzo por presentar de manera sucinta este proceso, la autora organizó este capítulo en tres partes. La primera abre con la crisis de la monarquía española en 1808 y concluye con la promulgación de la Constitución de 1853; casi medio siglo marcado por la desaparición de toda autoridad central hasta la muy lenta organización de los restos del antiguo virreinato en una confederación de provincias bajo la dirección de Buenos Aires. El segundo periodo se extiende desde aquel gran acuerdo constitucional hasta la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880; se trata de una historia tensionada por conflictos entre una autoridad que pretende ser nacional y las aspiraciones autonomistas de las entidades federadas. Por último, un tercer momento alcanza el ambiente del centenario y alude a la definitiva consolidación de un

poder centralizado y a una extraordinaria expansión de la economía agroexportadora.

La conflictividad que en distintos momentos y con diferentes sentidos fracturó la acción política entre unitarios y federales, entre librecambistas y proteccionistas o entre los extremos de la emblemática antinomia sarmientina de civilizados y bárbaros, sirve de plataforma para trazar las coordenadas de la historia argentina decimonónica. De esta forma, los emprendimientos por integrar un poder central, así como la búsqueda de legalidad y legitimidad de los distintos proyectos, son articulados con las transformaciones en el terreno de la producción y el comercio, la expansión de las fronteras interiores, la colonización agrícola, la organización de las finanzas públicas, el crédito internacional, las inversiones y la manera en que todo ello condujo a la definitiva consolidación de un capitalismo anclado en la producción agrícola-ganadera.

En Hispanoamérica, como sostiene Tulio Halperín-Donghi, la Argentina moderna destacó por la excepcionalidad de crear materializado el persistente sueño liberal de ordenar la política para desbrozar una senda de infinito progreso económico y social. Las oleadas de inmigrantes europeos que definieron perfiles demográficos, el sistema de educación pública y su impacto en los niveles de alfabetización, junto a la expansión cultural que cristaliza a la sombra de una vida urbana moderna, parecían acortar la distancia entre utopía y realidad. Pilar González concluye su capítulo con un recuento de esas distancias, explicando los límites de un orden conservador fraudulento y represivo incapaz de gestionar estrategias institucionales que garantizaran su continuidad.

Argentina había cambiado y esos cambios están en la base de una reforma electoral que en 1912 inaugura un nuevo momento. Es a partir de aquí que se revisan los últimos 100 años de la historia argentina. Marcelo Cavarozzi se ocupa del primer tramo del siglo xx, y expone una serie de cuestiones básicas que

determinaron los rumbos de la Argentina contemporánea. La primera radica en el sentido de una nueva legislación electoral impulsada por el ala reformista de la élite política, que al establecer el voto secreto y obligatorio condujo a resultados que sus promotores nunca imaginaron: su derrota en las elecciones presidenciales de 1916 y el ascenso del Partido Radical encabezado por Hipólito Yrigoyen. En este capítulo se explica la novedad que significó la emergencia e inclusión de nuevos sectores sociales y su impacto en un régimen político que gobernará durante casi tres lustros. Pero también se subrayan las continuidades de prácticas políticas que los radicales compartieron con los conservadores y que desataron luchas en el interior de un partido que, hacia mediados de los veinte, se dividió en facciones irreconciliables. La segunda cuestión que aborda este capítulo es el tránsito de una economía abierta a los dictados del libre mercado, hacia formas de regulación y dirigismo estatal como respuesta a una crisis que alteró los fundamentos del sistema económico mundial. En este sentido, se pasa revista a los diseños de políticas económicas, a los elencos de políticos responsables de estos cambios y a los primeros resultados en materia de industria, comercio exterior y finanzas. Por último, la tercera cuestión apunta a la irrupción de los militares en la política argentina a partir del golpe de Estado que en 1930 liquidó la experiencia democratizadora liderada por el radicalismo. La conversión de las fuerzas armadas en un actor político ha tenido hondas y trágicas consecuencias en la historia argentina. Por ello Cavarozzi puntualiza el sentido de la amalgama entre el ascendente poder militar y una tradición política fundada en el profundo desprecio a la soberanía popular. En la década de los treinta, el encuentro entre cuarteles, curas y políticos tradicionales hizo posible un régimen fundado en el fraude sistemático que se prolongó hasta mediados de los cuarenta, cuando una nueva coyuntura permitió la emergencia de un movimiento de masas bajo el liderazgo del entonces coronel Juan Domingo Perón.

Loris Zanatta es el responsable del capítulo dedicado al peronismo. Diez años en que sucedieron cambios tan significativos que terminaron por dividir el siglo xx argentino en un antes y un después de la llegada de Perón a la presidencia. Zanatta desentraña la arquitectura de la coalición de fuerzas políticas y sociales que hizo posible el ascenso de Perón, y explica la naturaleza de un liderazgo que transformó por completo las formas de gestionar y conducir la política. Pasa revista a la política social y a los fundamentos de una política económica que en el marco de la segunda posguerra generó excedentes capaces de impulsar procesos de industrialización, crecimiento urbano, expansión del crédito, y de los sistemas de educación y salud pública. Sobre esta base, expone los puntos débiles de un régimen que si bien consolidó poderosas bases de legitimación en el mundo del trabajo urbano y rural, muy pronto mostró aristas de intolerancia y autoritarismo que se fueron acrecentando, mientras la crisis del modelo económico generaba tensiones en una sociedad cada vez más movilizadora a favor y en contra del régimen. Este capítulo se cierra con la dinámica que condujo al golpe de Estado de 1955, analizando la responsabilidad de la iglesia católica y de los militares en el ensanchamiento del arco opositor y, por último, subrayando el dilema irresoluble que el derrocamiento de Perón instaló en Argentina: apelar a un orden democrático excluyendo al peronismo convertido ya en la principal fuerza política del país.

El último medio siglo está a cargo de Marcos Novaro. El texto despeja las fibras básicas de un tejido social marcado por la inestabilidad política y las recurrentes crisis económicas. Por un lado, se detallan las características del peronismo proscrito durante casi dos décadas, con un líder exiliado en Madrid conduciendo una heterogénea pero muy eficaz oposición que nulificó cualquier proyecto que no lo contemplara. La fuerza del peronismo produjo fracturas en las filas de las otras formaciones políticas y controló un poderoso aparato sindical, con dirigentes

no siempre leales al líder pero convertidos en actores centrales del acontecer político durante los gobiernos de militares y de civiles emanados del golpe de 1955. Por otro lado, explica el derrotero de políticas desarrollistas que nunca pudieron modificar la lógica de una economía primario-exportadora incapaz de financiar un sostenido proceso de industrialización; y en este contexto advierte el surgimiento de nuevas formas de protesta social e impugnación política que terminaron por convencer a los militares de que la seguridad nacional debería soportar cualquier intento de reestructurar el orden político y de activar el crecimiento económico. Una primera dictadura militar vio frustrados todos sus empeños refundadores, al punto que debió entregar al poder a un peronismo fracturado por contradicciones irresolubles, cuya única coincidencia era volver a colocar al líder en la presidencia de la nación. La muerte de Perón, en medio de una crisis política y económica, agravó la espiral de violencia que desembocaría en el golpe de Estado de 1976. Novaro se detiene en esta última dictadura y en la naturaleza de un proyecto asentado sobre prácticas de terrorismo de Estado, cuyo contundente fracaso y sus dramáticas secuelas clausuraron el ciclo abierto en 1930. En una segunda parte, este capítulo examina los derroteros de una refundación democrática iniciada hace tres décadas. Los ejes que articulan este acercamiento al pasado reciente argentino son la pesada herencia del poder militar y la búsqueda de una justicia reparadora de la política criminal de la última dictadura; la paulatina desaparición de las fuerzas armadas del escenario político; la recomposición de los partidos políticos tradicionales y el surgimiento de nuevos realineamientos políticos, y la secuencia de programas económicos que acompañaron los procesos de globalización económica acrecentados en el último tramo del siglo xx.

En atención a las intensas fracturas que modelaron la política, la economía y la sociedad en la Argentina del último siglo, se creyó oportuno cerrar este libro con un capítulo dedicado a exa-

minar la relación entre el campo intelectual y la acción política. Carlos Altamirano es el responsable de un apartado que presenta los temas y perspectivas con que la intelectualidad argentina ha pensado los grandes problemas nacionales. Los autores y sus obras más significativas, junto a las principales publicaciones que animaron debates políticos y culturales, se despliegan en un relato que comienza con las inquietudes y temores de los ambientes ilustrados en los festejos del centenario de la independencia, y concluye con las incertidumbres sobre el desempeño de la democracia en tiempos del bicentenario.

Esta no es una obra para públicos especializados, se trata de una aproximación a los asuntos más sobresalientes del pasado argentino. En un esfuerzo de síntesis, los autores han seleccionado personajes, asuntos y procesos que permiten delinear los contornos de un relato mucho más complejo y diverso que lo expuesto en estas páginas. Confiamos que entre todas las alternativas posibles, el camino escogido permita al lector acercarse al pasado de esa nación llamada Argentina. El formato de la colección que integra este libro no contempla el uso de un aparato erudito que reporte puntualmente las fuentes documentales y bibliográficas usadas en la preparación del libro. Las razones de ello se fundan en el deseo de que citas y notas no interrumpen una lectura que se espera ágil y desenvuelta. Es por ello que al final del volumen, los lectores encontrarán una selección de títulos y autores valorados como indispensables para ensanchar los conocimientos sobre los asuntos expuestos en estas páginas.

Por último, quisiera expresar mi agradecimiento a todos y cada uno de los autores. Este libro no hubiera sido posible sin el profesionalismo y la disposición para colaborar en este esfuerzo conjunto. Por otra parte, agradezco a Horacio Crespo su valioso apoyo cuando se puso en marcha este proyecto editorial. La colaboración de Jorge Gelman y la ayuda de Raúl Mandrini resultaron fundamentales para sortear obstáculos que demoraron la terminación del libro. En los asuntos editoriales y administrati-

vos fue esencial el auxilio y el buen humor de Francisco Gómez y Paola Morán. Las imágenes cartográficas están en deuda con Pablo Reyna y Emelina Nava. Trámites diversos fueron amablemente atendidos por Rosy Quiroz, mientras que Efraín Navarro Granados ayudó en la preparación de las versiones finales.

PABLO YANKELEVICH